

IAN MANOOK

YERULDELGGER

MUERTOS EN LA ESTEPA

Traducción del francés de
José Manuel Fajardo



Título original: *Yeruldelgger*

Ilustración de la cubierta: © Kesman

Copyright © Éditions Albin Michel, 2013

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2016

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-16-6

Depósito legal: B-10.408-2016

1ª edición, junio de 2016

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

A Bus,
a Larroque y Salgado,
a Annabelle y Sylvie,
¡a mí!

Una especie de felicidad...

Yeruldelgger observaba el objeto sin entender. Al principio, había mirado, incrédulo, la inmensidad de las estepas de Delgerkhaan. Unas estepas que lo rodeaban como océanos de hierbajos que el viento agitaba con un oleaje irisado. Durante un buen rato, en silencio, había procurado convencerse a sí mismo de que estaba de verdad en aquel lugar, y sí, de verdad estaba allí. En medio de extensiones infinitas, al sur de la provincia de Hentiy y a cientos de kilómetros de cuanto hubiera podido justificar de algún modo la presencia incongruente de semejante objeto.

El policía de distrito se mantenía respetuosamente a un metro de distancia detrás de él. Los miembros de la familia nómada que lo habían alertado estaban enfrente, a varios metros. Todos lo miraban, esperando que diera alguna explicación satisfactoria a la presencia del objeto que sobresalía, inclinado, de la tierra. Yeruldelgger respiró hondo, frotándose el rostro fatigado con las anchas palmas de sus manos, y luego se agachó delante del objeto para observarlo mejor.

Se sentía vacío, agotado, consumido por aquella vida de poli cuyo control sin duda había perdido. Esa mañana, a las seis, lo habían enviado a investigar la aparición de tres cadáveres hechos picadillo en las oficinas de administración de una empresa china situada en los suburbios de Ulán Bator, y cinco horas más tarde se encontraba en la estepa sin comprender siquiera por qué lo habían enviado hasta allí. Hubiera preferido

con mucho quedarse en la ciudad para investigar con su equipo el asunto de los cadáveres chinos. Sabía por experiencia, y por afición a la adrenalina, que la primera hora en el escenario de un crimen es crucial. No acababa de gustarle no estar allí, a pesar de que confiaba plenamente en la inspectora Oyun, a quien había dejado a cargo del asunto. Ella sabía qué hacer y lo pondría al corriente si fuera necesario.

El policía de distrito no se había atrevido a agacharse a su lado. Seguía de pie, medio inclinado, con las rodillas flexionadas y la espalda encorvada. Pero, a diferencia de Yeruldelgger, él no intentaba comprender. Sólo esperaba a que el comisario de la ciudad lo hiciera. Los nómadas, por su parte, se habían agachado al mismo tiempo que él. El padre quizá fuera en realidad un abuelo, con el rostro arrugado por la luz del sol bajo un sombrero tradicional puntiagudo. Llevaba un *deel* raído de tela verde satinada con bordados amarillos y unas botas de montar de piel. La mujer vestía un abrigo azul claro de aspecto sedoso, ceñido con un cinturón largo de satén rosa. Y era mucho más joven que él. Los tres niños formaban una hilera roja, amarilla y verde: dos muchachos y una niña al final. El comisario calculó que apenas había un año de diferencia entre cada uno de ellos. La familia mostraba un aire alegre, en sus caras de piel rugosa y enrojecida por los vientos de la estepa, la arena del desierto y las quemaduras de la nieve se dibujaban grandes sonrisas. Yeruldelgger también había sido un chiquillo de la estepa, como ellos, en una de sus vidas anteriores.

—¿Entonces, comisario? —se atrevió a decir el policía de distrito.

—Entonces, esto es un pedal. Un pedal de talla infantil. Supongo que tú ya habías visto un pedal, agente.

—Sí, comisario. Mi hijo tiene una bici.

—Qué bien... —dijo Yeruldelgger, suspirando—. ¡Así que sabes lo que es un pedal!

—Sí, comisario.

Enfrente de ellos, la familia de nómadas escuchaba su conversación, sonriente y agachada, formando una hilera. Detrás se veía su yurta blanca, y alrededor la estepa verdeante ondulaba bajo el viento hasta perderse de vista en el horizonte azul de las primeras colinas. Ni siquiera se distinguía la pista estrecha por la

que el todoterreno ruso los había llevado traqueteando hasta la yurta.

Yeruldelgger apoyó con firmeza sus fuertes manos en los muslos, a la manera de los sumos japoneses, y hundió la cabeza entre los hombros para retener la ira que lo invadía.

—¿Y por esto me has hecho venir?

—Sí, comisario...

—¿Me has obligado a hacer tres horas de pista desde Ulán Bator por un pedal que sale de la tierra?

—No, comisario, ¡por la mano!

—¿La mano? ¿Qué mano?

—La mano que hay debajo del pedal, comisario.

—¿Cómo? ¿Hay una mano debajo de este pedal?

—Sí, comisario, ahí, debajo del pedal, ¡hay una mano!

Sin levantarse, Yeruldelgger torció el cuello para mirar al policía de distrito a la cara. ¿Aquel tipo se estaba burlando de él?

Pero el rostro del policía no reflejaba ninguna emoción. Ningún gesto que indicara que estaba bromeando. Ningún atisbo de inteligencia. Era tan sólo un rostro que mostraba respeto ante la jerarquía y satisfacción de su propia incompetencia. Para evitar una explosión de ira, Yeruldelgger se concentró en el objeto, cuya presencia cobraba ahora un significado mucho más dramático. Era el extremo de un pedal pequeño que sobresalía del suelo, despuntando apenas sobre el horizonte, pero ¡ahora tenía una mano debajo!

—¿Y cómo sabes que hay una mano ahí debajo?

—Porque los nómadas lo han desenterrado, comisario —respondió el policía.

—¿¡Desenterrado!?! ¿Cómo que desenterrado? —dijo con furia contenida Yeruldelgger.

—Los nómadas lo han desenterrado, comisario. Han excavado alrededor y han retirado la tierra. Los niños vieron el pedal mientras jugaban, excavaron para liberarlo y al hacerlo descubrieron la mano.

—¿Una mano? ¿Están seguros? ¿Una mano de verdad?

—Una mano de niño, sí, comisario.

—¿De niño?

—Sí, comisario, una manita. Pequeña, como la de un niño.

—¿Y dónde está ahora esa mano de niño?

—Debajo, comisario.

—¿Debajo? ¿Debajo de qué?

—Debajo del pedal, comisario.

—¿Quieres decir que han vuelto a enterrarla? ¿Han vuelto a enterrar la mano?

—Sí, comisario. Y el pedal también, comisario...

Yeruldelgger alzó la vista hacia la familia de nómadas, con sus *deel* coloridos, que seguía agachada en grupo y se recortaba contra el azul saturado del cielo. Ellos lo miraban y asentían con la cabeza mostrando grandes sonrisas para confirmar el informe del policía de distrito. El comisario torció de nuevo el cuello para observar desde abajo al poli local.

—¡Lo han enterrado todo! ¡Espero que les hayas preguntado por qué lo han hecho!

—Por supuesto, comisario: para no contaminar el escenario del crimen...

Yeruldelgger no hizo el menor movimiento; quería asegurarse de que había entendido bien lo que acababa de oír.

—¿¡Para qué!?

—Para no contaminar el escenario del crimen —repitió el policía de distrito, con un eco de orgullo en la voz.

—¡Para no contaminar el escenario del crimen! Pero ¿de dónde han sacado esa idea?

—De «CSI: Miami». Me han dicho que nunca se pierden «CSI: Miami» y que Horacio, el jefe de los CSI de Miami, siempre recomienda no contaminar el escenario del crimen.

—¡«CSI: Miami»! —exclamó Yeruldelgger.

Se irguió lentamente, con un movimiento cargado de fatiga y abatimiento, y buscó con la mirada la yurta, situada detrás de los nómadas, que se habían levantado al mismo tiempo que él. Temía ver aquello en lo que debería haber reparado nada más llegar. Alzó un poco la cabeza y distinguió en un costado, detrás del abuelo, una antena parabólica enorme apuntada hacia el cielo inmenso e inocente, donde, en algún lugar, invisible, estaba aquel maldito pájaro metálico que vertía sus estupideces ¡hasta en las yurtas de Hentiy!

—¡Por Dios! —gritó, resignado—. Y dime, ¿qué más te han contado?

—Nada, comisario. Estaban esperándolo a usted. Si quiere saber más, lo mejor es que hable con Horacio.

—¿Horacio?

—Horacio Caine, ¡ése es el nombre del jefe de los CSI! —dijo, jocoso, el policía de distrito, señalando al viejo nómada con la barbilla.

Yeruldelgger se volvió hacia él y le clavó una mirada tan furiosa que se le borró de golpe aquella sonrisa idiota de la cara.

—Si vuelves a faltarle al respeto, te largas de aquí al galope atado a su caballo por la cola, ¿lo has entendido bien?

—Sí, comisario —dijo el policía, avergonzado.

—¡Por la tuya, no por la del caballo!

—¿Mi qué, comisario?

—¡Tu cola!

—Comprendido, comisario.

—¡Así me gusta!

En cuanto dio un paso en su dirección, la familia adoptó una divertida posición de firmes. Yeruldelgger se dirigió al anciano con amabilidad, mostrándole el respeto que le debía por su edad y según las tradiciones de los nómadas.

—Abuelo, voy a necesitar una pala para el policía y un cubo para mí. ¿Es posible?

El anciano lo miró un instante sin moverse. Luego se volvió enérgicamente hacia el mayor de los niños y le hizo un gesto para que fuera a buscar lo que el comisario pedía. Cuando se lo entregaron, Yeruldelgger arrojó la pala al policía, que la atrapó a duras penas, y dio la vuelta al cubo para usarlo a modo de taburete y sentarse cerca del lugar de donde sobresalía el pedal. Sacó un iPhone del bolsillo de su abrigo e hizo una seña al mayor de los niños para que se acercara. El chiquillo corrió hacia él sonriente y se puso firmes.

—¿Sabes usar esto?

—¡Sí, comisario!

—¿También la cámara de fotos?

—¡Sí, comisario!

—¿Lo has visto hacer en «CSI: Miami»?

—¡Sí, comisario! ¡Y en «CSI: Las Vegas» también, comisario!

El chaval mentía más que un vendedor de motos y estaba a punto de echarse a reír. Yeruldelgger le enseñó cómo usar la

cámara del móvil, y a continuación se levantó para dar órdenes.

—Hermana, voy a necesitar una tela blanca grande, por favor. Vosotros dos, volved a excavar como la primera vez. Coged la tierra con las manos y ponedla con cuidado sobre la tela que va a traer vuestra madre. ¿De acuerdo?

Los chiquillos y el abuelo asintieron con la cabeza.

—Tú vas a tomar fotos —continuó Yeruldelgger—. ¿Sabes contar hasta cincuenta?

—¡Sí, comisario! —respondió el chaval, de nuevo sonriente, en posición de firmes—. Uno, dos, tres, cuatro...

—¡Está bien, está bien, te creo! Cuenta hasta cincuenta mentalmente, tomas una foto y vuelves a empezar hasta que yo te diga que pares, ¿de acuerdo? Y de vez en cuando te pediré que hagas también una foto de lo que se vaya poniendo sobre la tela, ¿está claro?

—¡Está claro, comisario!

—Tú —dijo, dirigiéndose al policía—. Excava a unos cincuenta centímetros de distancia alrededor de lo que aparezca a medida que ellos lo vayan descubriendo, pero no muy hondo. ¿Puedes hacerlo?

—Esto... sí... creo que sí, comisario.

La muchacha volvió con una sábana blanca. Yeruldelgger, como si le fuera la vida en ello, la extendió a sus pies y dio orden de comenzar.

Todo ocurrió bastante deprisa. Los niños excavaron con las manos la tierra que ya habían removido y la echaron sobre la tela blanca, donde Yeruldelgger la esparcía para escrutarla. De vez en cuando, extraía con los dedos cosas que los demás no tenían tiempo de ver y las metía en bolsitas de plástico transparente que iba guardando en su bolsillo. Luego sacudía la tela, para arrojar la tierra, y volvía a extenderla sobre la hierba. Muy pronto, el abuelo se atribuyó esa última actividad, orgulloso de poder ayudar personalmente al comisario, y Yeruldelgger no tardó en felicitarle por el trabajo de su pequeño equipo.

El pedal ya estaba desenterrado del todo. Se adivinaba que había estado cubierto de caucho blanco antideslizante. A continuación apareció la biela de cromo desconchado y, enseguida, una parte del plato dentado y un pedazo de hierro deformado

del cuadro, pintado de rosa, del que sobresalía el extremo de una cadena. Yeruldelgger hizo señas a todos para que se detuvieran y se levantó para poder observar más de cerca. De nuevo respiró hondo, con la vista levantada al cielo, y luego exhaló despacio por la nariz, concentrándose en su descubrimiento. No le gustaba lo que veía. No le gustaba lo que deducía de ello y todavía menos lo que iba a tener que sacar de allí. Era la bici de una criatura. Una pequeña bicicleta rosa. De niña. De cuatro o quizá cinco años, no más. Por la altura del pedal podía imaginar el tamaño de las piernas que alegremente lo habían puesto en acción. Por la longitud de las piernas, la talla aproximada de la niña, y con todo eso, calcular una edad. El abanico es corto: de cuatro a cinco años. Una niñita. Una cosita despreocupada. Y ahora, un pequeño cadáver con la boca llena de tierra... No debía pensar en eso. Tenía que obligarse a olvidar. Concentrarse en lo que fuera, menos en eso.

Yeruldelgger dirigió su atención hacia la biela. La bici estaba enterrada de costado, y más profundamente por delante, en una posición que lo intrigaba. La forma del cuadro, incluso retorcido como estaba, le daba una idea de la máquina. El modo en que el pedal sobresalía, más bien inclinado hacia delante, lo confirmó en su idea. Intentó imaginarse mejor las partes todavía enterradas para adivinar el tamaño. Cuando creyó tener una idea más precisa, trazó el contorno en la tierra con el talón y ordenó al policía que excavara a partir de aquel límite hacia el centro. Unos minutos más tarde, una buena parte del armazón de la pequeña bici estaba a la vista. Yeruldelgger no se había equivocado mucho. No era una bici, sino un triciclo, lo cual explicaba su posición más hundida por delante. Ese descubrimiento hizo que su cólera aumentara. Una bici era algo de niños un poco tocapelotas y temerarios. Pero un triciclo... ¡eso es cosa de criaturas! Si los nómadas no habían mentido, debajo iba a encontrar a una niña muerta, puede que asesinada, cuyo cuerpecito sin vida había sido abandonado allí. No soportaba los crímenes de niños. ¡Ni siquiera la idea de que murieran!

—Comisario, ahí está la mano, justo debajo de eso —dijo el abuelo, señalando un pedazo de metal pintado de rosa.

Yeruldelgger se arrodilló al lado del agujero y se inclinó para mirar debajo del metal que uno de los niños todavía limpiaba con la punta de los dedos. Aquello era una manita, sin ninguna duda. Una minúscula mano tendida hacia él, con los dedos medios descompuestos, como en un gesto de súplica un poco forzado.

—No te preocupes —murmuró Yeruldelgger—, ya estoy aquí, vamos a ocuparnos de ti. Ya no estás sola...

El comisario no tenía mucha fe, salvo en la paz de las almas. La vida era tan dura de afrontar y tan dura de sobrellevar que, según él, toda alma debía tener derecho a la paz, al reposo o al respeto cuando la abandonaba. Vamos, tampoco era mucho pedir a un Dios que dejaba que los niños murieran con la boca llena de tierra, ¿no? Que por lo menos reposen, como dicen tan lindamente los cristianos. Ésa era la única promesa que todavía le hacía tener esperanza en un posible más allá. La idea de reposar allí en paz.

—Bueno, que todo el mundo pare. Necesito otra tela. No importa el color. Los niños, que se aparten, salvo el que ha de seguir tomando fotos. Nosotros, los adultos, vamos a sacar el triciclo y a ponerlo sobre la tela blanca. A continuación, retiraremos el cuerpo y lo dejaremos encima de la otra tela, ¿de acuerdo? Después me llevaré todo tal cual a Ulán Bator, al Instituto de Medicina Forense. ¡Vamos a ello!

Se trataba de un triciclo y de un cuerpo pequeñito. Los desenterraron enseguida. Pusieron primero el triciclo rosa sobre la sábana blanca y Yeruldelgger lo examinó de cerca. Debido a la fuerza hecha por quien había apisonado la tumba, o a las lluvias de las terribles tormentas de verano que habían prensado el suelo, la tierra había penetrado en el interior de los tubos de metal del cuadro y el manillar. Yeruldelgger levantó las cuatro puntas de la tela y las anudó por encima de la máquina. El laboratorio tendría que apañárselas con aquello.

Acababa de anudar la sábana cuando los otros extrajeron el cadáver. Acurrucado como un niño que tiene miedo a dormirse. La carne estaba ya descompuesta y se veía una gran parte del esqueleto. Pero todavía se adivinaban algunos jirones de ropa y

varios mechones de cabellos rubios y rizados. Dos de los dedos de la manita que él había visto se desprendieron. Por instinto, Yeruldelgger ordenó que pusieran más atención y buscó con la mirada la otra mano. La carne estaba mucho mejor conservada. El puño minúsculo de la pobre criatura estaba crispado y apretado, en un gesto que Yeruldelgger esperaba que fuese más de rabia que de terror. Aunque, bien pensado, eso no representaba ninguna diferencia.

Les había pedido que cavaran más amplia y profundamente, y que en la medida de lo posible extrajeran en un solo bloque el cuerpo de la ganga de tierra. Fue el abuelo quien se arrodilló junto a la tumba para meter los brazos y sacar el cadáver. Yeruldelgger se dio cuenta de que el viejo nómada lo transportaba como se lleva a un niño en brazos. En los gestos del hombre había amor por aquel pequeño ser y respeto por la muerte. El anciano permaneció inmóvil un instante, en el borde del hoyo, con la niña contra el pecho. Yeruldelgger pensó que estaba rezando en silencio. Luego, el hombre se volvió, dio algunos pasos hasta la otra sábana, roja, que estaba extendida sobre la hierba verde, se arrodilló y depositó con suavidad y ternura los despojos en el centro de la tela. No eran más que un montón de huesos, jirones de piel y vísceras reseca manchadas de arcilla, pero aquello había sido una cabecita rubia, de risa alegre y cristalina, sobre un triciclo rosa.

Yeruldelgger se había quedado sorprendido al ver a la muchacha salir de nuevo de la yurta con una gran sábana roja. En todos los entierros que él había presenciado, los cuerpos iban siempre envueltos en sábanas blancas. El abuelo se dio cuenta de su turbación y se le acercó.

—Cuando la muerte no es natural, cuando es accidental, los lamas recomiendan envolver al muerto con un paño rojo.

—¿Por qué? —preguntó Yeruldelgger.

—Porque lo dicen los lamas —respondió el anciano como si fuera algo obvio; y sin apartar la mirada del pequeño cuerpo le explicó—: No te preocupes, estará bien así. Cuando te la lleves, ofrécele una cuna decente. Haz que tapicen el fondo de verde, para que repose sobre él como sobre la tierra de la estepa, y que el interior de la tapa sea de tela azul, como el cielo de la llanura. Que peguen también siete bolas de algodón en la tela azul del

cielo, justo encima de su cabeza, para que las siete divinidades de la Osa Mayor colmen su alma de felicidad durante el viaje. No lo olvides: tú la has arrancado de la tierra; la tradición exige que la conduzcas al cielo.

—Tú sabes, abuelo, que no hay nada que indique que ella sea de aquí.

—Lo sé, pero ha muerto aquí y está sola. Así que ahora está en nuestra casa y eres tú quien tiene que ocuparse.

Yeruldelgger miró al anciano. Tenía las manos cortadas por las cuerdas y el frío, las mejillas curtidas por el viento de las tormentas, los ojos rasgados de luchar contra los inviernos. Estaba allí, a su lado, inmóvil, con su *deel* bien ceñido por un cinturón ancho y las botas de montar bien plantadas sobre la tierra. Y no había cólera en sus palabras. Esa cólera contenida que Yeruldelgger sentía crecer en su interior ante cada crimen odioso que debía afrontar, ante cada inocente asesinado, ante cada vida destrozada. Una cólera vengadora que cada día le costaba más reprimir, con los puños metidos en los bolsillos, el cuello hundido entre los hombros y el corazón en llamas. Pero el anciano no dejaba ver más que una calma profunda como un lago e infinita como la llanura. Yeruldelgger tuvo de repente la extraña sensación de que el nómada ya no estaba con ellos. Simplemente permanecía allí, como la estepa, como las colinas en el horizonte, las rocas esparcidas y el viento que las erosionaba desde hacía millones de años. Pleno. Denso. Sólido. Todos se habían detenido y permanecían a la espera de algo, pero él no se movía. El tiempo parecía suspendido. Luego, una brisa los rozó, deslizándose entre ellos, alborotando la hierba, y tal como vino se fue, con un galope alegre por la estepa. Yeruldelgger sintió que toda aquella libertad le golpeaba el corazón, la libertad de aquella llanura salvaje de hierbas irisadas sobre la que corrían caballos enloquecidos. Cuando notó la mano del pequeño anciano sobre su manga, fue como si lo arrancaran de un sueño.

—Su alma está ahora contigo —dijo el nómada—. Os pertenecéis el uno al otro hasta que la lleves a donde debe ir.

—Lo siento, abuelo, voy a ocuparme de ella lo mejor que pueda, créeme, pero yo no le pertenezco. Yo no pertenezco a nadie —respondió Yeruldelgger, a quien no le gustaba que le vinieran con misterios.

Él respetaba las tradiciones y creía en cosas inexplicables. En influencias, en interacciones, en algún tipo de interferencias. Pero no quería ser más que un espectador. Si le costaba tanto mantener unidos todos los fragmentos de su propia existencia, ¿qué ocurriría si tuviera que aceptar que fuerzas ajenas a su propia voluntad se inmiscuían en ella para poner orden? Ya hacía mucho tiempo que su vida se había deslizado hacia una nada fría y muda. Había perdido a su adorada hija pequeña y a la mujer que amaba y que se la había dado. E iba camino de perder a su hija mayor, que odiaba todo lo que él era. Porque él no era precisamente un regalo.

El comisario Yeruldelgger Khaltar Guichyguinnkhen hacía tiempo que no era un regalo para nadie. ¿Cómo podía aceptar que el bienestar de una pequeña alma inocente dependiera de él?

Decidió regresar a Ulán Bator. No podía hacer nada más allí, ni por la pobre niña ni por la protección de las pruebas. No llevaba nada encima con lo que proteger el lugar de los hechos. Pidió a los nómadas que cogieran piedras blancas y delimitaran una zona alrededor de la tumba abierta, en el interior de la cual no debía entrar nadie hasta nueva orden. Quizá Solongo y su equipo de científicos querrían tener acceso a ella para buscar pruebas adicionales.

Yeruldelgger se sorprendió sonriendo para sí al evocar esa expresión. Por un segundo se imaginó al abuelo de pie, con las piernas separadas y las manos sobre las caderas, filmado en contraplano, con la cabeza echada a un lado y mirando por encima de sus Ray-Ban espejadas, ¡y además pelirrojo! Él también veía «CSI: Miami» cuando se tumbaba delante de la tele, por supuesto. Sabía quién era Horacio Caine. También él tenía una vida. Escasa, por la noche, de vez en cuando. Entre pesadilla y pesadilla.

—Escucha, abuelo, te prometo que haré lo que pueda, pero sólo soy un comisario de la brigada criminal. Mi vida consiste en recoger cadáveres. No puedo hacerme cargo de las almas de todos los muertos que encuentro.

Yeruldelgger vio entonces que un perro amarillo había atravesado el perímetro y escarbaba en la tierra fresca de la tumba con una excitación obscena. Cuando vio que atrapaba con su voraz hocico uno de los dedos caídos del cadáver de la niña,

agarró una piedra y se la tiró con tanta rabia y tanta violencia que todos se quedaron impresionados.

—Lo entiendo —respondió el anciano, volviéndose hacia él.

Se alzó un poco sobre la punta de sus botas, puso las manos rugosas sobre cada uno de los recios hombros del comisario y lo miró directamente a los ojos. Una amplia sonrisa iluminó su rostro, oscurecido por tantas estaciones en la estepa.

—Lo entiendo —repitió—, pero no eres tú quien decide. ¡Son las almas! Y las tres almas extranjeras que has abandonado allí abajo también te llaman. ¡No las olvides a ellas tampoco!

Mientras el policía de distrito conducía su vehículo traqueteando hasta la pista, Yeruldelgger vio en el retrovisor que la muchacha les bendecía el camino. Ésta mantenía levantada a la altura de los ojos una pequeña cazoleta que él sabía que había llenado con la última leche que habían ordeñado, y tras haber mojado en ella la punta de los dedos, estaba salpicando los cuatro puntos cardinales con un respetuoso gesto de creyente. A pesar del pequeño cadáver acurrucado que llevaba en el maletero y de los cuerpos mutilados de los tres chinos que lo esperaban en Ulán Bator, Yeruldelgger sentía una especie de felicidad por pertenecer a un país en el que se bendecía a los viajeros a los cuatro vientos y se nombraba con la misma palabra a los féretros y a las cunas. Una especie de felicidad...

«¡Ya me lo imaginaba!»

Oyun buscaba los testículos del chino.

Los testículos y el resto.

Todo su paquete, en realidad.

Por exigencias de la investigación, claro, porque a esas alturas la única certeza era que ese chino jamás volvería a necesitar su paquete. Tampoco el otro. Respecto del tercero, desnudo como los otros dos, Oyun no podía decir nada porque todavía no le habían dado la vuelta al cuerpo, que yacía boca abajo. No sabían qué hacer con la mitad del palo de escoba roto que tenía clavado en el ano. Por lo demás, aquél era un escenario de crimen interesante. Tres cuerpos desnudos, con la frente agujereada por una bala. Eso era al menos lo que suponía Oyun, porque, al parecer, al tercer chino la bala le había salido por la parte posterior del cráneo. Los dos primeros tenían el pecho y el vientre salvajemente tajados, lo más probable era que se hubiera utilizado una cuchilla de afeitar o un cúter, y la espalda del tercero se encontraba en el mismo estado. Oyun estaba dispuesta a apostar que ése tenía en la frente el mismo símbolo que los otros dos: una especie de estrella grabada con la punta de un objeto cortante.

—¿Alguien sabe qué es eso? —preguntó la joven a la galería.

—Tú eres la pequeña genio, ¿no? —respondió otro inspector, que estaba concentrado en encontrar la mejor manera de desencular a la tercera víctima.

—¡Parece algo diabólico! —señaló una policía joven, mientras se ocupaba de inspeccionar las salpicaduras de sangre que había en las paredes del cuarto.

—¿Un crimen satánico?

—La sangre, la apariencia de ritual, el componente sexual, la «trinidad» de las víctimas... ¿Por qué no?

Oyun se inclinó sobre el cuerpo del primer chino. Era un hombre que andaba por la treintena, más bien delgado, tenía el esternón un poco hundido, a la manera de los tuberculosos, el rostro demacrado y el pelo liso, dos dientes de oro a pesar de su juventud y una fea cicatriz a la altura del apéndice. La perforación de la frente era neta y precisa, marca de un calibre pequeño cuya bala no había tenido tiempo de desequilibrarse. Un tiro a quemarropa. A bocajarro. El cuerpo estaba desplomado en una silla, con la nuca doblada sobre el respaldo alto y los brazos colgando a cada lado. Los cortes no respondían a ninguna lógica. Revelaban un arrebatado de violencia, una histeria criminal más que otra cosa. Las piernas estaban estiradas del todo y muy separadas.

Oyun intentó imaginarse a un hombre aterrorizado, desnudo y sentado en una silla, bajo la amenaza de un arma apoyada en su frente y que abrió fuego. ¿Tensar y separar bruscamente las piernas sería un gesto reflejo para apartarse del arma? ¿Acaso no sería más bien el resultado de la convulsión por el impacto o el desplome del cuerpo sobre sí mismo? ¿O es que sus verdugos las habían mantenido apartadas para poder cortarle el paquete?

—Fueron varios asesinos —comentó ella en voz alta, dirigiéndose al resto del equipo—. Por lo menos tres, en mi opinión. Las víctimas no estaban atadas. Si los otros dos no hubieran estado amenazados cuando el primero fue abatido, habrían reaccionado. Los ejecutaron uno tras otro sin que pudieran defenderse. Las torturas y las mutilaciones fueron probablemente realizadas post mórtem. Es imposible mutilar así a una víctima que no esté atada. Incluso bajo la amenaza de un arma. Pero hay que confirmarlo...

El otro chino era un hombre de unos cuarenta años, bajo, un poco llenito, medio calvo, con los dientes y las uñas en mal estado. Su cuerpo estaba tirado junto a una silla caída, en una posición más obscena que la de la primera víctima. Boca arriba,

con las piernas encogidas, los talones juntos, las rodillas separadas, y en medio el bajo vientre mutilado y sanguinolento.

Oyun no lograba apartar la mirada de aquella herida. Sin embargo, el cuerpo del chino no era más que un cuerpo. Había perdido buena parte de su identidad, como si el sexo representara por lo menos la mitad de lo que somos. ¿Acaso los asesinos, además de matarlos, habían querido borrar la mitad de lo que eran cortándoles sus partes?

La tercera víctima estaba tendida boca abajo encima de una mesa de madera. Los brazos colgaban a los lados, la cabeza se apoyaba en el mentón, y la nuca estaba rota. «Tal como se presenta una pieza de caza asada entera», pensó Oyun, que de inmediato se obligó a apartar de la mente aquella reflexión tan poco profesional. Ese hombre era más alto y más gordo que los otros, con gruesas pantorrillas y grandes nalgas amarillas y fofas en medio de las cuales estaba clavado el palo de escoba roto.

Oyun barrió con la mirada el escenario del crimen tratando de localizar la otra mitad de la escoba. La encontró debajo de la mesa. Al igual que en los otros dos cuerpos, los numerosos cortes no eran más que heridas superficiales que no podían provocar la muerte. Por otra parte, la posición del cadáver mutilado confirmaba su hipótesis. Parecía muy extraño que el tercer chino hubiera sido torturado boca abajo encima de la mesa y rematado después con una bala en la frente. Por eso deducía que lo habían matado de un balazo en la cabeza, habían dado la vuelta al cuerpo y lo habían sometido a aquellas sevicias post mórtem.

—Bien, escuchadme un momento —dijo, dirigiéndose a los otros policías presentes en el cuarto—. ¡Que todo el mundo se esté quieto y me escuche!

—Eh, ¿nuestra pequeña genio se cree ahora que es Yeruldelgger?

—Cierra la boca, Chuluum, y a ver si pones a trabajar las neuronas. A lo que iba: os pido que sigáis con vuestras averiguaciones teniendo en cuenta las siguientes hipótesis. Tres asesinos o más, ejecuciones seguidas de ensañamiento post mórtem, dos modus operandi: sangre fría, precisión y determinación durante la ejecución a tiros, y violencia salvaje, puede que incontrolada, durante las laceraciones post mórtem. A lo cual hay que añadir un tercer modus operandi conectado con los dos primeros: una

puesta en escena de tipo ritual, o que pretende hacer creer que es ritual, en lo que se refiere al símbolo sobre la frente y a las emasculaciones. Por supuesto, no hay que descuidar ninguna otra pista, pero grabaos esto en la cabeza.

—¿Y qué es lo que estamos haciendo según tú, pequeña genio? —preguntó el inspector Chuluum con un tono de insolencia un poco excesivo, aunque sin atreverse a mirar a la cara a su colega.

—Lo habitual, Chuluum: cada uno se dedica por su lado a acumular montones de pistas a las que habrá que intentar encontrar una lógica durante montones de horas. Claro que esto afecta sólo a quienes se pasan montones de horas extras clasificando el caos de aquellos que los dejan plantados para largarse a su casa a ver la tele.

—Y qué quieres, pequeña genio, no todo el mundo tiene el mismo interés en quedarse hasta tarde por la noche con Yeruldelgger.

—Pedazo de...

El timbre de su móvil detuvo la cólera de Oyun. Era el comisario.

—¿Sí? ¿Dónde estás?

—En la carretera de Ondërkhaan, acabo de pasar el río Herlen. Estoy llegando a Arhust. Estaré ahí dentro de algo más de una hora. ¿Sigues aún en el escenario del crimen?

—Sí.

—¿Cómo va?

—Tengo a Chuluum pisándome el callo, como de costumbre. Aparte de eso, la historia es bastante retorcida. ¿Y tú, qué tienes?

—Una niña enterrada junto con su triciclo en la estepa, a treinta kilómetros al sur de Jargaltkhaan, junto a la pista que va a Delgerkhaan.

—Vaya... Mierda, eso es feo. Es un lugar más bien desierto, ¿no? ¿Se trata de un enterramiento irregular?

—¿Con un triciclo?

—Mi abuelo pidió que lo enterraran con su caballo...

—¿Y lo hicieron? ¿Mataron al caballo para enterrarlo con él?

—Su caballo murió antes que mi abuelo. ¡Nos hizo prometer que lo desenterraríamos para enterrarlos juntos!

—¡Y por qué no! —exclamó Yeruldelgger—. ¿Qué hay de los chinos?

—Tienes que venir a verlo tú mismo, antes de que Chuluum y su panda de títeres lo revuelvan todo.

—Lo he visto esta mañana, antes de que me llamaran para lo del triciclo.

—Ya, pero deberías volver. Hay cosas que sólo tú entiendes.

—¡Oyun! Me han llamado a las seis por lo de los chinos, luego he tenido que hacer tres horas en una carraca para ir a lo de la niña del triciclo, y lo mismo para regresar. ¡Estoy roto! Ya no tengo veinte años. Además, he de llevar el cuerpo de la niña adonde Solongo, para la autopsia.

—Vale, pero de todos modos deberías venir. Tengo la sensación de que vamos a perder el control de este asunto. Si se presentan los chinos, va a ser jodido para la investigación. Pasa sólo un momento. Mandamos a Chuluum con el cuerpo adonde Solongo y después te invito a cenar.

—Vale —suspiró Yeruldelgger—, pero olvídate de Chuluum. Yo llevaré el cuerpo.

—¡Por supuesto! —exclamó Oyun, burlona—. ¡Ya me lo imaginaba!